

Presentación “Cuba, viaje al fin de la revolución”

Buenas tardes.

Primero que nada, quisiera agradecer la invitación de Patricio Fernández, compañero de rutas y de aventuras, de triunfos y de fracasos; pero también al Centro de Estudios Públicos, entidad que hasta hace muy poco miraba con sospecha y más aún, con una profunda desconfianza.

No recuerdo exactamente cuándo fue la primera vez que vine, creo y me parece plausible que haya sido para escuchar algún debate sobre la necesidad de cambiar la actual Constitución Política de la República, por allá por el año 2013, cuando éste asunto no sólo parecía urgente, importante y necesario, sino que inminente. No se asusten, no voy a desviar mi presentación a este tema que sigo creyendo muy necesario, sólo lo traía a colación porque en ese entonces encontré aquí en el CEP un espacio donde tenía lugar una sofisticada y profunda reflexión, al que se invitaba a pensadores, políticos, artistas y dirigentes políticos de muy distinto pensamiento y posturas y donde en el público se mezclaban empresarios, ex ministros, estudiantes, intelectuales y ciudadanos interesados en el debate nacional e intelectual. Aquí he escuchado a Carlos Ruiz, Vlado Mirosevic, unas cuantas veces a mi admirado Agustín Squella, al constitucionalista Gastón Gómez, al Presidente Sebastián Piñera, a los Alcaldes Jorge Sharp y Claudio Castro, a Sonia Montecinos, a la Premio Nacional Sol Serrano y al poeta Mauricio Redoles, entre otros. Así que me siento honrada hoy día de poder aceptar esta invitación, más aún cuando comparto panel con el Diputado Jaime Bellolio, que creo que es una de las mejores noticias de la derecha chilena contemporánea.

Cuando me llamó mi amigo Patricio Fernández -les cuento esto para dejar inmediatamente claro el conflicto de intereses al que me obliga esta presentación- hace pocos días para proponerme participar de este evento, no dude ni un segundo en aceptar, pese a que venía llegando de un largo viaje, lo que significa que tenía y tengo “bastante tarea acumulada” en varios ámbitos. Pero no podía decir que no.

Primero, porque antes o más allá de nuestra amistad, tengo una profunda admiración por Patricio Fernández, por su cabeza lucida, por su alerta crítica constante, por su inacabable e irreductible sentido del humor y por estar siempre dispuesto a escuchar las otras razones, a mirar las situaciones desde otro lugar y a ser convencido, si así lo demuestra el peso de los argumentos. Cabezas así, con esa flexibilidad que no significa ligereza ni falta de convicción, si no muy por el contrario, una profunda creencia en el ser humano y en su capacidad creadora, cada vez son más raras en el debate público. Patricio Fernández, creador de The Clinic en un momento en que parecía que la transición iba a durar para siempre y que ésta no sería más que una sombra perpetua sobre nuestra democracia, ha sabido leer los tiempos y sus necesidades en contra del statu quo, de lo políticamente correcto, sin sumarse al primer canto de sirenas a tantas causas justas o no justas que llenan nuestra vida pública y el debate nacional. Vivió la dictadura y, no me mal interpreten, todo lo bueno que tuvo vivir ese periodo y ser parte de la resistencia democrática, contrariando lo que podría haber sido su devenir natural. En los primeros años de la transición, periodo que yo francamente no tuve paciencia para vivir en Chile, se

juntó con artistas e intelectuales que intentaban ponerle algo de humor e irreverencia a un momento que, como he dicho, seguía siendo de una parsimonia feroz. Reporteó el movimiento estudiantil del 2011, siguió con interés el debate constitucional hasta transformarse en uno de sus protagonistas (lo que nos llevó a tener acaloradas discusiones que podrían también constituir un muy entretenido libro) y ha sido uno de los investigadores y cronistas del devenir de Latinoamérica de finales del siglo XX y comienzos de este extraño siglo XXI.

Es así como lo vi enamorarse de Cuba y comenzar a visitar esta isla que cautiva y que atrapa y que en algún momento fue la esperanza de los pueblos latinoamericanos. Resultó que ese momento coincidió con mi estadía como Agregada Cultural de Chile en los Estados Unidos, por lo que podría decirse que el destino nos hizo mirar este rico periodo de la historia desde exactamente los dos lados de la misma moneda.

Mi relación con Cuba es anterior a mi nacimiento, como varias cosas en mi vida. Mi familia ha sido una familia de izquierda desde antes de la generación de mis abuelos. Ya mi bisabuelo Manuel Rojas se declaró primero anarquista y luego socialista. Visitó Cuba en los años 60 y fue miembro del jurado del Concurso Literario y un asiduo visitante de la Casa de las Américas.

Mi abuelo materno, Fernando Ortiz, fue miembro de la dirección de las Juventudes Comunistas y Secretario General del Partido Comunista, lo que le costó la vida durante los primeros años de la dictadura.

Mi abuela paterna, María Maluenda, actriz y posteriormente diputada del Partido Comunista y cónsul en Vietnam durante la Unidad Popular, también visitó en variadas ocasiones la isla y tuvo una estrecha relación con el mundo artístico cubano y latinoamericano que tenía a Cuba como epicentro.

Mi padre José Manuel Parada, fue secuestrado y asesinado el año 1985, en plena dictadura militar. El año 87, mi familia que quedó a cargo de mi madre Estela Ortíz, seguía siendo acosada por la policía secreta de Pinochet. Teníamos autos fuera de la casa, llamaban para insultarnos y amenazarnos sexuales a ella y a mí, nos seguían constantemente. Yo era la mayor de 4 hermanos, tenía 13 años. Fue en ese contexto que mi familia recibió una invitación directa de Fidel Castro para que pasáramos un tiempo allá, mientras bajaba el hostigamiento del que éramos víctimas. Es así como partimos, aun con el corazón roto, a la isla prometida.

Quiero recordar que el año 87 aún existía el Muro de Berlín y la Perestroika era un proceso muy incipiente.

Al llegar a Cuba nos trasladaron a Alamar y nos pusieron a “vivir” en un departamento. En ese barrio de La Habana había un gran contingente de chilenos. El departamento, como buen departamento cubano, no contaba con grandes comodidades, sino con lo básico para vivir.

Nosotros, niños chilenos, muy hijos de comunistas seríamos, pero veníamos del Arrayán. Y la verdad, debo decirles, nos asombró la precariedad material de donde llegábamos. Los amigos cubanos rápidamente se percataron, gracias a la intervención de nuestra madre, que no veníamos a quedarnos en Cuba, sino que a pasar un tiempo mientras la CNI se aburría de estar en nuestra puerta en Chile. Es así como nos mudamos del departamento de Alamar a una suite en el Habana Libre, ex Hilton, y de ahí comenzamos un viaje a la

Cuba profunda, recorriendo sus provincias, conociendo a dirigentes que habían luchado en la Sierra, recibiendo el cariño de los pioneros en cada escuela a la que fuimos, conocimos a la Payita y a Max Marambio, nos hicimos amigos de la Mitzi, hermana de la Paya y madre putativa de la Maya y de Alejandro Fernández Allende, grandes amigos hasta el día de hoy.

Sentimos la solidaridad del pueblo cubano y nosotros, cuatro niños que teníamos el horror aun impregnado en la piel, volvimos a reír y a correr y a pelar como lo hacen todos los niños.

Volví a Cuba el año 2009, para la Bienal de Arte de La Habana, a cargo de una gran delegación de artistas chilenos y en medio del pleno periodo especial. El mundo era otro, no existía ni la Unión Soviética ni el bloque socialista y en La Habana se sentía la pobreza. La Habana Vieja se caía a pedazos. Pero al mismo tiempo, porque como bien cuenta el libro de Patricio el cubano es un experto en solucionar, habían aparecido los paladares, a los que sólo se podía llegar dateado y con alguien. Entre a unos lugares maravillosos, llenos de artistas y de extranjeros, decorados entre la antigua opulencia, la nostalgia y la decadencia. En las conversaciones se intuían grietas por donde comenzaba a entrar un aire distinto, fresco, que no era el aire oficial.

Y es así como el retiro de Fidel y la asunción de Obama toman lugar y comienza esta nueva etapa, que como también cuenta el libro de Patricio, se sabe que comenzó y se sabe que ocurrirá, pero de su velocidad, nadie puede asegurar nada.

El libro “Cuba, viaje al fin de la revolución” es una crónica literaria y política absolutamente necesaria en estos tiempos. Al contrario de lo que pudiera sugerir el título que, por cierto, tomó meses en ser definido, ya que Fernández no quería ni herir a sus amigos cubanos, ni ser deshonesto con lo que había visto y vivido los últimos, para mí este es un libro imprescindible para continuar dibujando un proyecto progresista latinoamericano.

El libro entiende las razones profundas que provocaron la revolución cubana y tantas otras revoluciones, pero esa justicia de origen no empaña por un momento la crítica política y democrática al devenir del proceso. Y eso creo que es de las contribuciones más potentes que uno puede hacer a los procesos revolucionarios. Y además, creo que es uno de los grandes pecados de la izquierda mundial el no haberlo hecho. Creer que la democracia y la libertad eran o son negociables en pos de algo llamado igualdad, es una de las falacias más brutales de la política del último siglo. Al igual que creer que la libertad puede ser asegurada simplemente por el mercado.

Lo interesante del libro, a parte de todas las historias humanas y personajes que en él se encuentran es que, pese a una crítica aguda al proceso, no invisibiliza logros que desde fuera de Cuba son muy difíciles de percibir. Y no me refiero a la educación de calidad universal o la salud de primer nivel para todos los ciudadanos, sino por ejemplo la sensación de convivir en una comunidad donde el sentimiento de ser parte de un colectivo es permanente.

Tuve la suerte de volver a Cuba en mayo de este año, con la obra de teatro Mateluna de Guillermo Calderón. Fue un viaje que me llenó de contradicciones. El primer día me deprimí al percatarme que obtener conexión a internet era un asunto muy complejo. Al pasearme por La Habana Vieja, que ya no se derrumba entera y donde existe una incipiente oferta de restaurantes y bares, me percaté de que había aparecido una clase, similar a la del resto de Latinoamérica, dedicada a ver cómo sacarles dinero a los turistas. La primera noche volví a mi hotel pensando que, si eso era el socialismo, yo claramente estaba por el capitalismo.

Pero como en Cuba nada es tan simple como parece, al 2º día comencé a ver teatro y descubrí una libertad enorme en los creadores y una crítica despiadada a su historia reciente. La represión a los homosexuales y la tremenda fractura en la sociedad provocada por el exilio de una parte importante de ese mismo pueblo, estaban presentes en casi todas las obras. Conversando con sus protagonistas, descubrí que casi todas las compañías tienen un teatro y que los artistas cuentan con un contrato permanente que, aunque cubre sólo los mínimos, como todos los contratos en Cuba, les permite hacer su trabajo en condiciones dignas y en libertad.

Y entonces seguí conversando... y, una vez más, pude comprender lo educado que es el pueblo cubano. Y descubrir que, aunque muchos de ellos son críticos de lo que ocurre, por ninguna razón del mundo les darían su país a los norteamericanos, que la mayoría de ellos defiende los logros que han conquistado, que abogan por más libertad y que son conscientes que destruyeron su economía y que de la enorme crisis económica en la que están, les va a costar salir.

Al volver de Cuba, Pato lanzó su libro, el que leí apenas estuvo en mis manos. El libro está lleno de historias fabulosas, como el relato de cuando llegó Obama a Cuba, que sin duda debe ser uno de los momentos más elocuentes de esta historia. Permítanme leerles un extracto de este capítulo.

El libro me hizo volver a recorrer calles, visitar casas, reencontrar viejos y nuevos amigos, y me llenó de nostalgia, porque dibuja un proyecto en el que muchos creímos y que hasta el día de hoy no ha sucedido en ningún lugar, pero por el que vale la pena seguir luchando y trabajando, soñando en que algún día será posible la autonomía plena de las personas y la convivencia en una sociedad donde la vida no sea la lucha permanente por quién tiene más.

El libro "Cuba, viaje al fin de la revolución" me dejó el buen sabor del ron y de los cuerpos que sudan al son del amor y la confianza de que los humanos somos esos incansables y porfiados optimistas que cada día nos levantamos creyendo que existe la posibilidad de un futuro mejor. Muchas gracias.